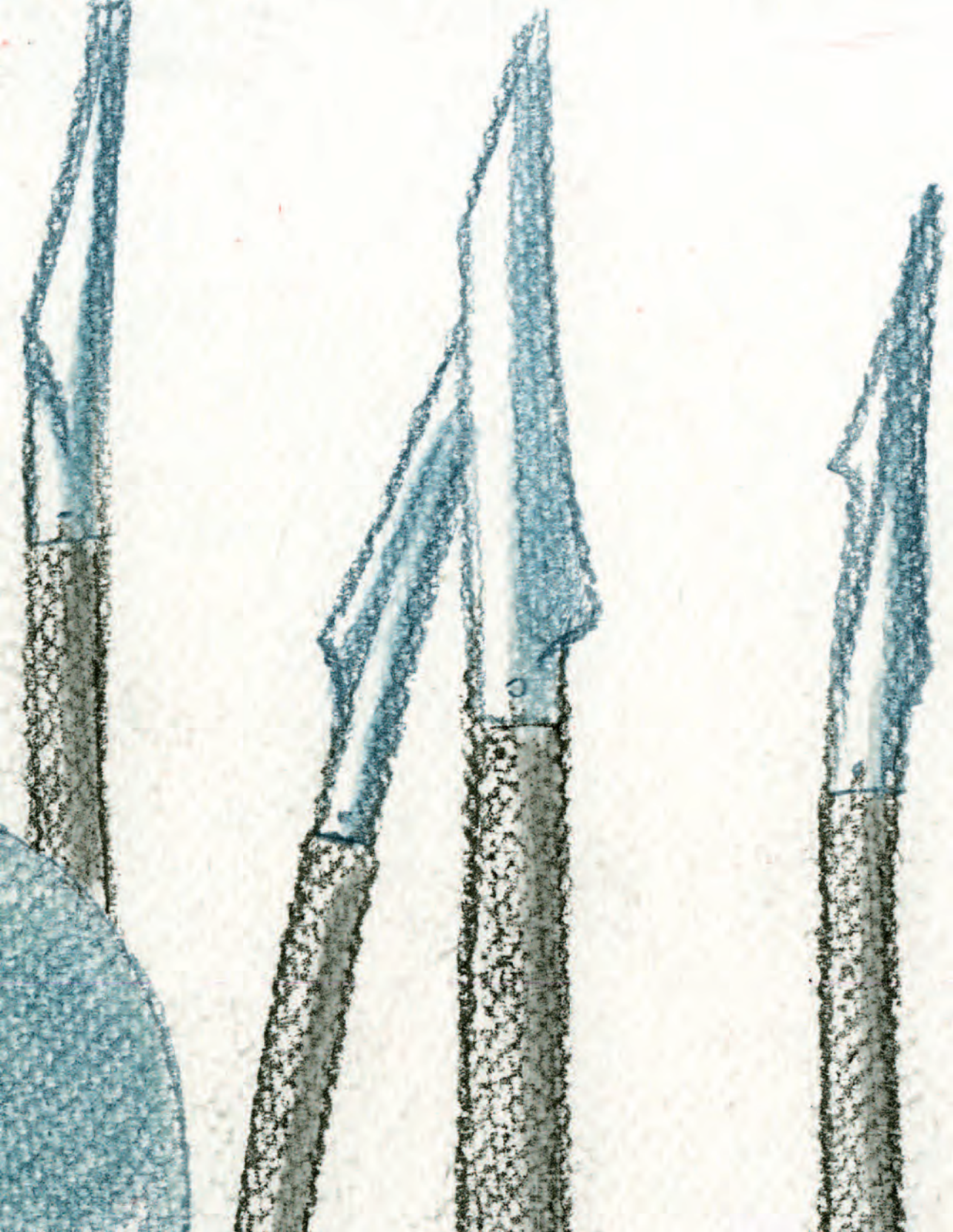
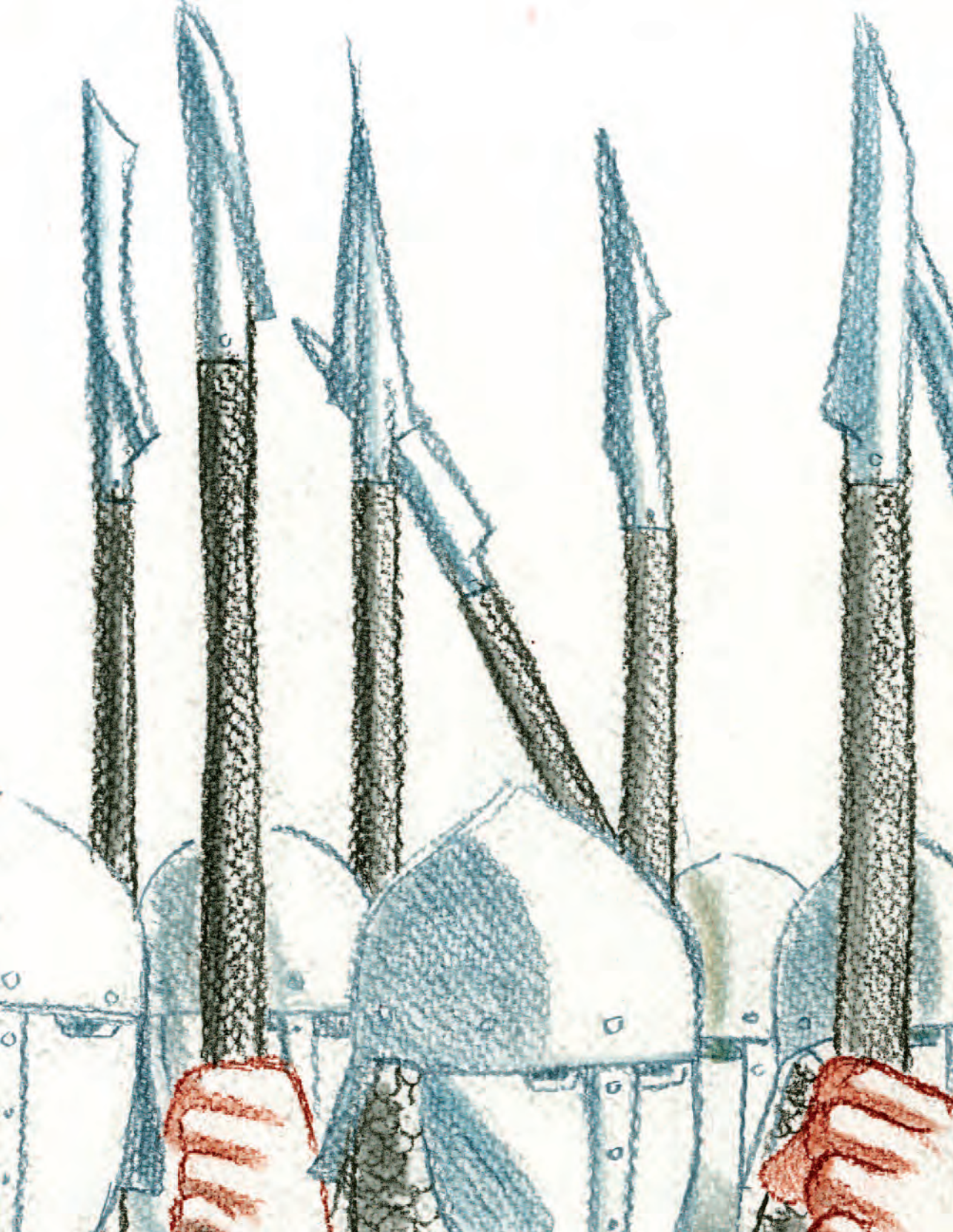
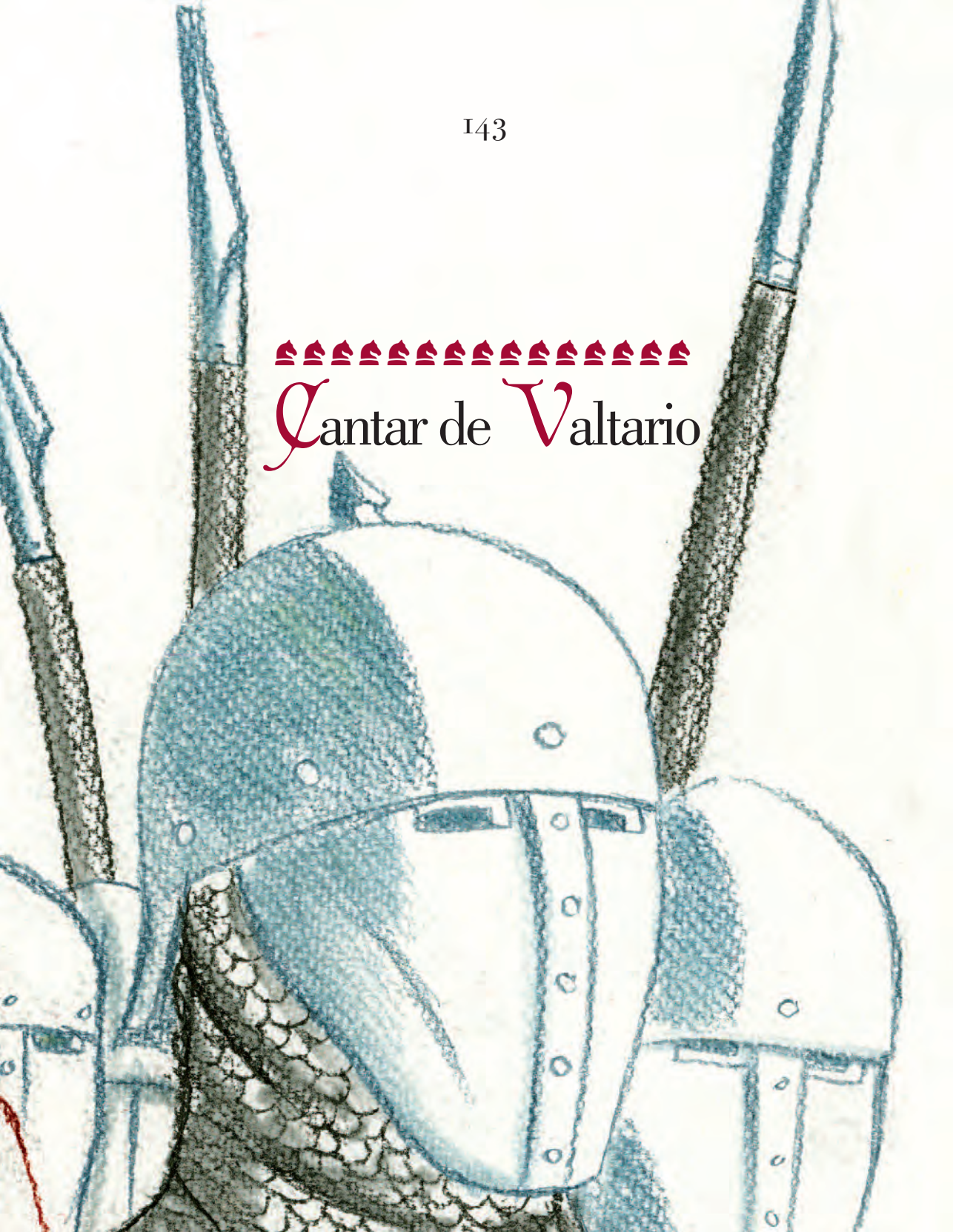






cantar de Valtario



Primera edición en REINO DE CORDELIA, marzo de 2021

Título original, *Waltharius* (siglo X)

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es

  @reinodecordelia  facebook.com/reinodecordelia

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 5º pta. 24

28003 Madrid



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Traducción de Luis Alberto de Cuenca y Prado, 1987, 2021

© Ilustraciones de Miguel Ángel Martín, 2021

IBIC: FYB

ISBN: 978-84-18141-38-6

Depósito legal: M-5905-2021

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso de la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

=====

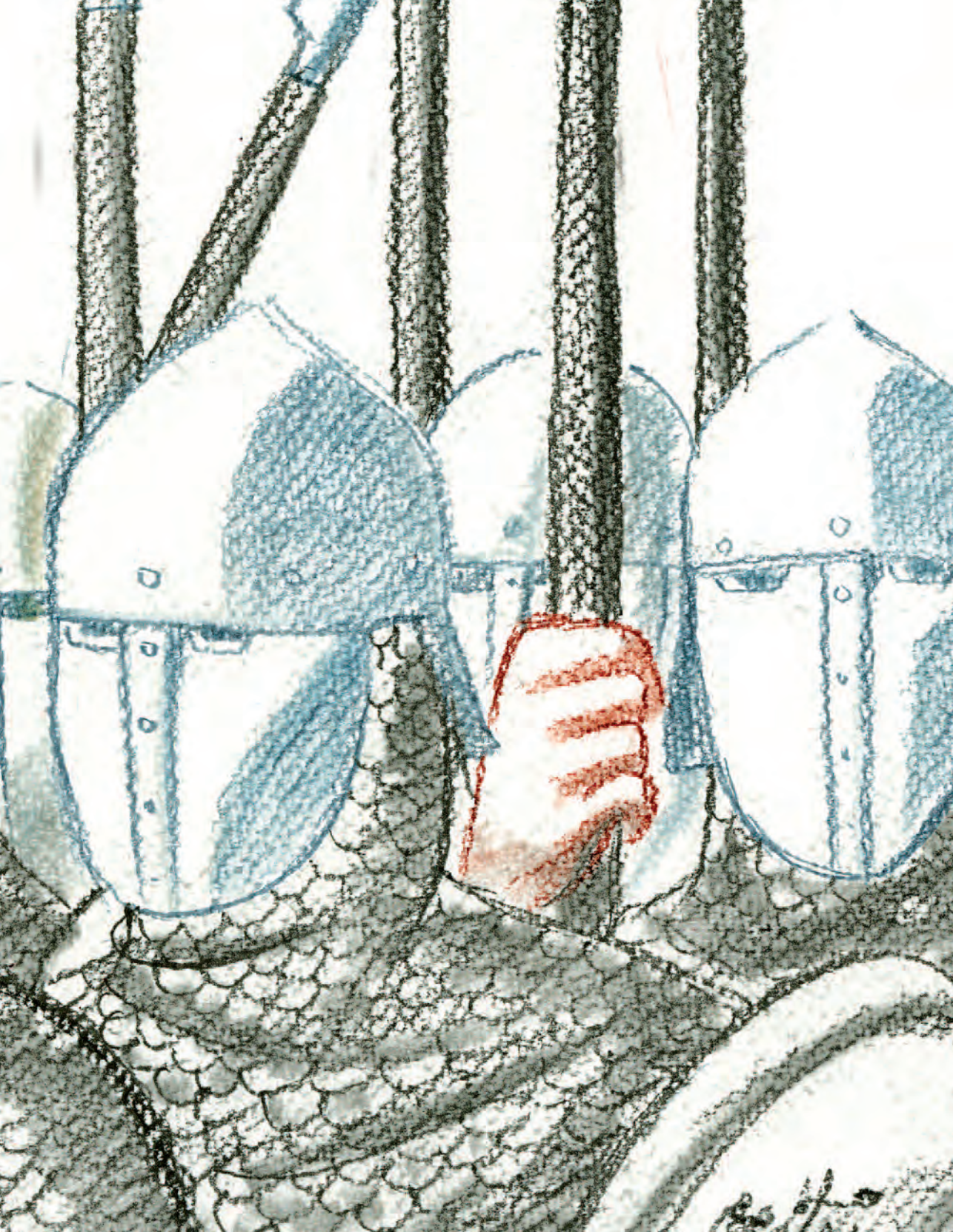
Qantar de Valtario

Edición y traducción de Luis Alberto de Cuenca

Premio Nacional de Traducción

Ilustraciones de Miguel Ángel Martín





Índice

Prólogo 9

CANTAR DE VALTARIO 13

Dedicatória de Geraldo 15

I 17

II 27

III 37

IV 51

V 65

VI 75

VII 85

VIII 93

IX 103

X 109

XI 117

XII 129



Prólogo

NADIE SE ACUERDA AHORA de que, en 1855, el escritor alemán Joseph Viktor von Scheffel publicó una novela histórica titulada *Ekkehard. Eine Geschichte aus dem zehnten Jahrhundert* («Ekkehard. Una historia del siglo X») que le valió gran fama en su época. Narraba en ella la vida de un tal Ekkehard, apasionado lector de Virgilio, y refería sus problemas amorosos con una dama de la aristocracia. En realidad, Ekkehard fue un monje benedictino de la abadía de San Gall que se sabía, sí, la *Eneida* de memoria, pero que no nos consta que flirtease con señoras de la nobleza. Lo único que el novelista no se inventa es el poema en 1.456 hexámetros latinos que Ekkehard compone en momentos de inspiración y que se incluye, íntegro, en la novela, traducido por Scheffel en fluidos y sonoros versos alemanes. Ese poema, conocido como *Cantar de Valtario* o, simplemente, como *Waltharius*, es el texto que justifica estas líneas y una de las joyas más preciadas de las letras latinas medievales.

El argumento es una antigua saga germánica que se encuentra también en dos fragmentos de un perdido *Waldere* anglosajón¹, en la italiana *Cronaca della Novalesa* y, ya en el siglo XIII, en el *Nibelungenlied*², en una crónica polaca, en la *Saga de Teodorico* noruega y en el *Biterolf und Dietleib* alemán.

El objeto de la saga es cantar las hazañas de Walther o Valtario «de Aquitania» o «de España», héroe del reino godo de Tolosa en los años oscuros de las invasiones germánicas, allá por el siglo V. Celebrado entre anglosajones, alemanes, noruegos, italianos y polacos, parece probable que lo fuese también a este lado y al otro de los Pirineos. En ese sentido, don Ramón Menéndez Pidal ve su huella en dos romances, el de la Escriveta, cantado todavía hoy en el Languedoc y Cataluña, y el de Gaiferos y Melisenda, cantado en Castilla³.

Fue un avezado buscador de tesoros bibliográficos, F. Ch. J. Fischer, el responsable de la *editio princeps* del *Waltharius* (Leipzig, 1780). La primera edición crítica corrió a cargo de Jacob Grimm y Andreas Schmeller, dentro de sus *Lateinische Gedichte des X. und XI. Jahrhunderts* (Gotinga, 1838), que fue posiblemente el texto que Scheffel tuvo delante a la hora de traducir el poema para insertarlo en su novela. Y es que fue a partir de

¹ Véase la edición bilingüe del *Beowulf* y otros textos anglosajones por Luis Lerate, Barcelona, Seix Barral, 1974, páginas 231-239.

² Gesta con la que el *Waltharius* comparte personajes como Haganón (Hagen), Guntario (Gunter) y Atila (Etzel). Véase *Cantar de los Nibelungos*. Traducción de José Fernández Bueno. Madrid, Reino de Cordelia, 2018.

³ Véase *Poesía juglaresca y orígenes de las literaturas románicas*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1957, página 349. Recientemente, Peter Dronke y el llorado José Fradejas han insistido en la identidad entre Valtario y Gaiferos.

Grimm cuando comenzó a atribuirse el cantar al monje Ekkehard I de San Gall, nacido hacia 900 y muerto en 973, pues a él se lo atribuye, un siglo después, otro monje del mismo monasterio llamado también Ekkehard (el IV de su nombre), que corrigió la métrica y el estilo de la obra de su antecesor.

Los estudiosos que aceptan sin reservas la atribución a Ekkehard I ven en el *Waltharius* un *exercitium* de juventud del monje que sería revisado dos veces: una, por su maestro, Geraldo, y otra, por Ekkehard IV en el siglo XI. Strecker, el editor más conspicuo del poema, lo considera anónimo, mientras que otros atribuyen su paternidad a Geraldo, el firmante de la dedicatoria inicial.

En cuanto a la fecha de composición, también es discutida agriamente por los filólogos, variándola desde comienzos del siglo IX, durante el reinado de Ludovico Pío, hasta la época de Otón III, a finales del siglo X, fecha esta que nos parece mucho más plausible.

Al margen de todas estas discusiones eruditas (la literatura científica suscitada por el *Waltharius* es abundantísima), el cantar reúne tantos méritos que poco importa quién sea su autor o el momento histórico en que fuera escrito. La fluidez mágica del relato atrae y deleita a cualquier lector, con tal que se interese por la aventura. Y la atmósfera irreal que envuelve los hechos narrados en el poema hace de su lectura una fantástica experiencia.

Si la poesía cristiana de los primeros siglos del Medievo se proponía combatir el *ludus saecularium vocum* con su invitación

a la eternidad, el poeta que canta a Valtario se aparta de los textos sagrados y abre gozosamente los ojos al *ludus* quebradizo del mundo, abandonándose a la fiesta de contar lo que ve (es la *Lust zu fabulieren* de los alemanes, el «apetito de narrar»). Y, en la excitante confección de su relato, no olvida a sus queridos *auctores*: Virgilio, Prudencio, Ovidio..., a los que plagia alegremente, pero sin que el mosaico que acaba construyendo pierda con ello un ápice de vida, de fuerza narrativa y originalidad.

Hasta ahora no se había vertido al castellano, que yo sepa, el *Cantar de Valtario*. He utilizado en mi traducción como texto base el fijado por Karl Strecker en una edición⁴ que es un auténtico monumento de la filología latina medieval. He consultado con provecho dos excelentes traducciones modernas⁵. Pero, ante todo, lo he pasado muy bien trasladando a mi lengua las hazañas de un héroe bárbaro que, por obra y gracia de no importa qué monje, hablaba en latín. Ojalá disfrutes, lector, con las aventuras de Valtario. Y que Dios nos conceda a todos, si no la salvación, por lo menos una Hildegunda que vele nuestro sueño.

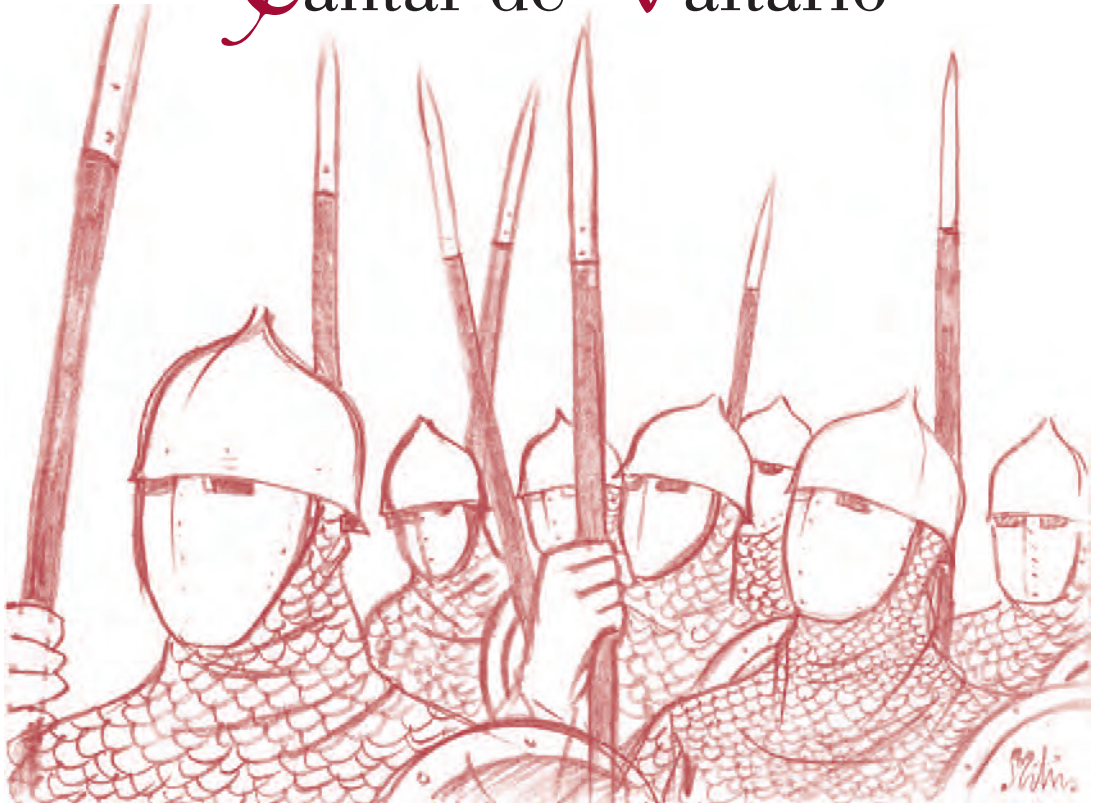
LUIS ALBERTO DE CUENCA

Madrid, 1987 y 2021

⁴ K. Strecker, editor, *Monumenta Germaniae Historica, Poetae Latini Medii Aevi*, VI, fasc. 1, páginas 1-85 (Weimar, Hermann Böhlhaus Nachfolger, 1951). La dedicatoria de Geraldo se encuentra en los mismos *Poetae...*, V, 1-2, páginas 405-408, en edición del propio Strecker. El interesado en saber hasta qué punto el autor del *Waltharius* depende de sus modelos —la *Eneida* de Virgilio, sobre todo, y la *Psicomaquia* de Prudencio— deberá consultar el completísimo *apparatus de loci paralleli* en la edición de Strecker.

⁵ Una alemana, llevada a cabo por Felix Genzmer (Stuttgart, Reclam, 1966), y otra italiana, a cargo de Quinto Santoli (Milán, All'Insegna del Pesce d'Oro, 1973).

Çantar de Valtario







Dedicatoria de Geraldo



OMNIPOTENTE PADRE, amador de la virtud suprema, Hijo de igual poder y Espíritu Santo que de ambos procedes, Tú que eres en tres personas una sola Deidad, Tú que vives y reinas sin fin sobre todas las cosas, protege ahora y siempre al ilustre obispo Ercambaldo, que dignamente brilla con reluciente nombre, para que, lleno del hálito divino, crezca por dentro y sea por siempre remedio salvador para muchos. Santo prelado de Dios, acepta ahora el don que, tras pródigos esfuerzos, decidió obsequiarte tu siervo Geraldo, que, aunque débil y vil pecador, es de corazón leal y fiel discípulo tuyo. Ruego constantemente en mis preces al Señor omnítonante que se haga realidad cuanto te deseo; ojalá te lo conceda el Padre que

rige cielo y tierra desde lo alto. Siervo del Dios supremo, no rechaces las palabras de este librillo; no canta las bondades de Dios, sino las hazañas de un guerrero llamado Valtario, curtido en numerosos combates; aspira más a divertir que a elevar plegarias al Señor; leyéndolo, se te harán más cortas las horas del día interminable. Ojalá seas feliz por muchos años, santo ministro, y recuerdes con cariño en el corazón a tu hermano Geraldo.

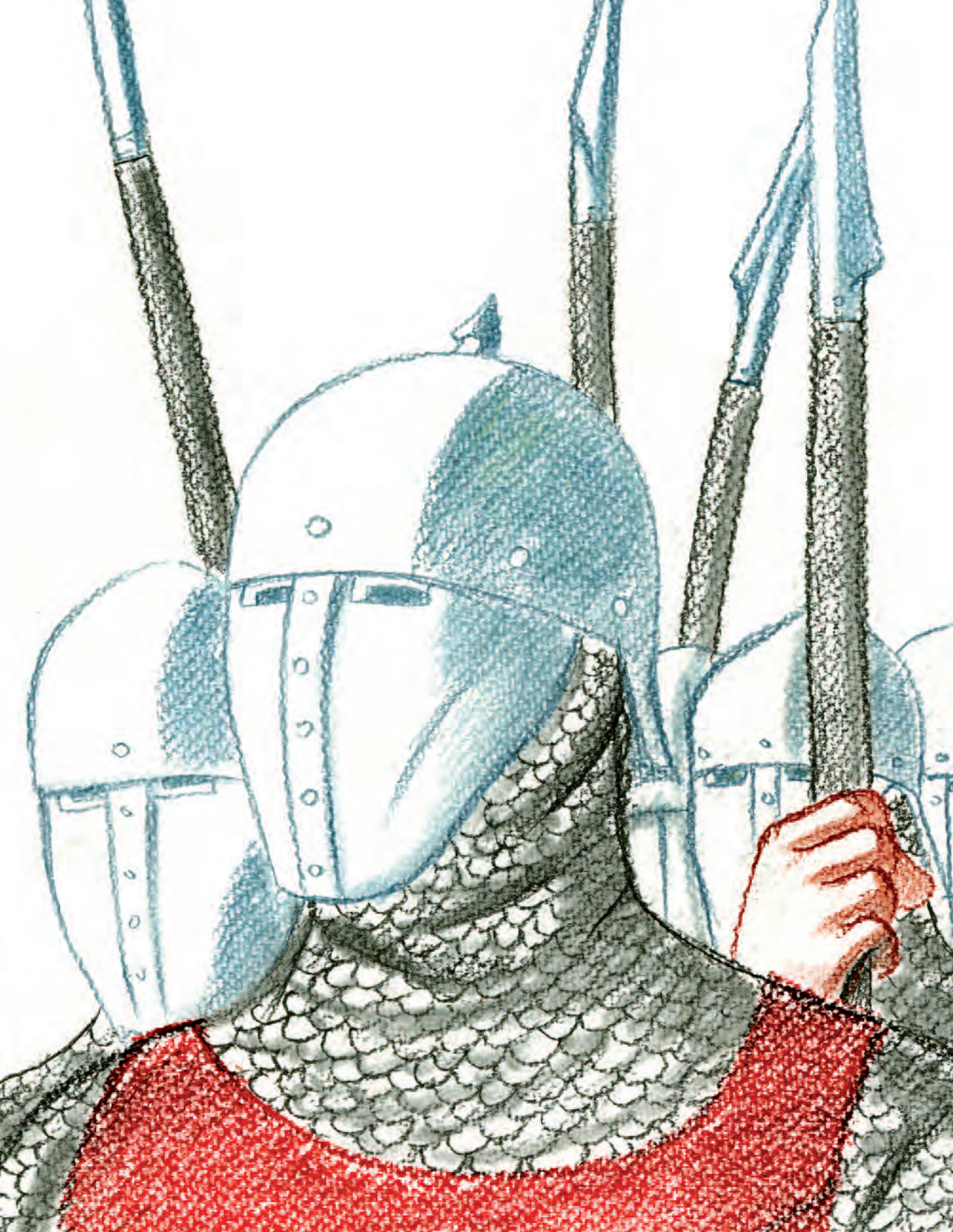


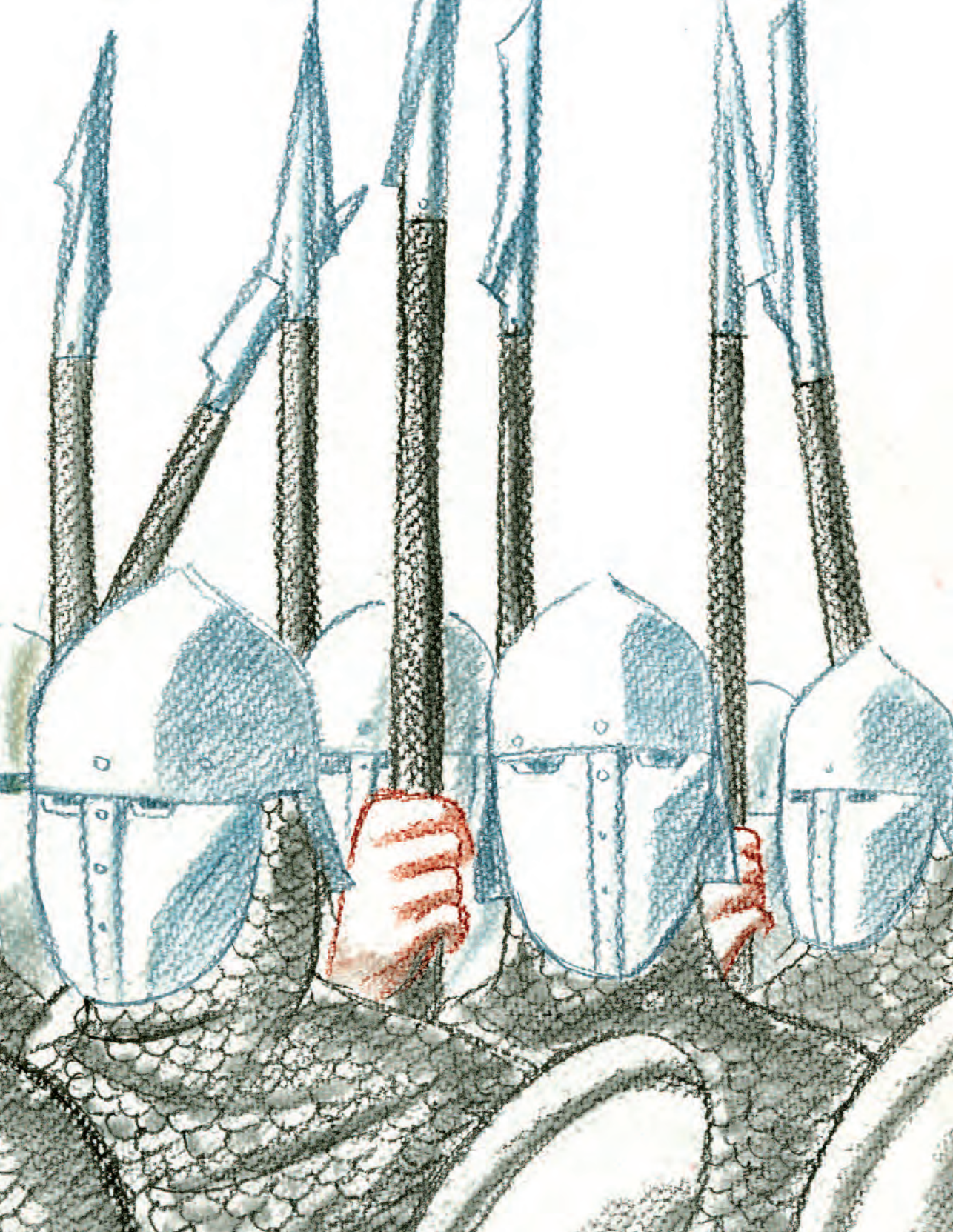
I

LA TERCERA PARTE DEL MUNDO, hermanos, se llama Europa. Sus pueblos difieren entre sí en el nombre, la lengua y las costumbres, distinguiéndose también por la religión y por el culto a dioses diferentes. Notorio es entre ellos el pueblo de Panonia, al que por lo común solemos llamar de los Hunos.

Este pueblo valiente, superior a los demás en coraje y destreza en el uso de las armas, extendió su dominio no solo por las regiones circundantes, sino también por las situadas a orillas del Océano, pactando con aquellos que se rendían y sometiendo por la fuerza a los rebeldes. Más de mil años dicen que duró su dominación.

Hubo un tiempo en que el rey Atila ocupó el trono de Panonia y quiso renovar con diligencia y





con valor los triunfos de sus mayores. Para lo cual, trasladando su campamento, decidió dirigirse al país de los Francos, cuyo rey era entonces Gibicón, poderoso en su alto solio, padre feliz de reciente prole, pues le acababa de nacer un varón llamado Guntario, cuyas gestas narraré después.

Un rumor inquietante llega en vuelo a oídos del rey, diciéndole que un ejército hostil, muy superior en número a las estrellas y a las arenas de las playas, ha cruzado el Danubio. Gibicón no confía en sus armas ni en la fuerza de su pueblo. Convoca a sus barones a una asamblea y les pregunta qué debe hacerse. Todos coincidieron en que debía llegarse a un pacto con los Hunos: tenderles una diestra amistosa, darles rehenes y pagar el tributo que pidiesen; todo era preferible a perder a la vez la vida y el país, y aun los hijos y las mujeres.

Había en aquel tiempo en Francia un joven guerrero llamado Haganón, de prendas inmejorables, vástago del ilustre tronco troyano. Y es a él, siendo Guntario de una edad tan temprana que su tierna vida correría peligro lejos de su madre, a quien deciden enviar como rehén al rey de los Hunos, junto con un inmenso tesoro. Sin demora

parten embajadores con el tributo y con el muchacho, solicitan la paz y conciertan la alianza.

Regían entonces la Burgundia cetros poderosos, cuya primacía ostentaba Heririco. Tenía este una única hija llamada Hildegunda, que sobresalía por su nobleza y por la perenne guirnalda que su hermosura le otorgaba. A ella, como única heredera, le correspondería algún día el palacio paterno y, con él, todos los tesoros acumulados por su padre, si es que llegaba a disfrutar de todo aquello.

Los Ávaros¹, una vez confirmada la paz con los Francos, se detuvieron en un confín de su territorio. Atila entonces dirigió hacia Burgundia sus veloces riendas, y no tardó en seguir sus pasos el resto del ejército huno. Iban perfectamente formados en largas filas iguales, y gemía la tierra golpeada por los cascos de los caballos, y tronaba en lo alto el cielo temblando ante el estrépito de los escudos. Una selva de hierro resplandece tiñendo con su brillo los campos, como cuando al despuntar el alba el radiante sol golpea el mar y reverbera su fulgor en todas las playas del mundo. Ya han

¹ Otro nombre de los Hunos.

cruzado los hondos cauces del Saona y del Ródano, y toda la tropa se dispersa por el país en busca de botín.

Por aquel entonces tenía Heririco su corte en Chalon; de repente un centinela, levantando los ojos, grita:

—¿Qué nube surge allí con densa polvareda? Una hueste enemiga se acerca. ¡Cerrad todas las puertas!

Como el rey Heririco sabía ya lo que habían hecho los Francos, reunió a todos sus barones y les dijo:

—Si un pueblo tan valiente como el de Francia, con el que no podemos parangonarnos, se rindió a Panonia, ¿con qué valor creéis que vamos a presentarles batalla y a defender la dulce patria? Mejor es concertar una alianza con ellos y pagarles un tributo. Entrego también sin vacilación a mi única hija como rehén, mirando por nuestro país. Hagámoslo pronto para concluir el tratado.

Parten los embajadores, despojados de sus espadas, y transmiten al enemigo lo que el rey les había ordenado; piden que cesen los saqueos. Atila, el caudillo, los recibió benévolamente, como tenía por costumbre, y les dijo:



—Más deseo alianzas que hacer la guerra por doquier. Los Hunos prefieren reinar en paz, pero no dudan en aplastar, aun forzando su talante, a los que se muestran rebeldes. Que venga vuestro rey y estrecharé la diestra que me tiende.

Salió a su encuentro luego Heririco con innumerables tesoros, y concertó el pacto, y dejó a su hija como rehén. Marchó, pues, al destierro la gema más preciosa de sus padres.

Concluida la paz y establecido el tributo, Atilla condujo su ejército hacia Occidente. Reinaba entonces sobre los Aquitanos Alfere, y cuentan que tenía un retoño de sexo masculino llamado Valtario, que se hallaba en la flor de su primera edad. Los reyes Heririco y Alfere se habían comprometido mediante juramento mutuo a unir en matrimonio a sus hijos, cuando les llegara el tiempo de casarse. Tan pronto como Alfere supo que las antedichas regiones habían sido sometidas, comenzó a temblar de miedo, pues no abrigaba esperanzas de poder defenderse con esforzadas armas.

—¿Por qué dudamos —dijo— si no podemos presentarles batalla? Burgundia y Francia nos señalan el camino a seguir. Nadie podrá repro-

charnos que obremos como ellas. Voy a enviar embajadores con órdenes de concertar una alianza; estoy dispuesto a entregar como rehén a mi querido hijo y a pagar a los Hunos el tributo que pidan.

Mas, ¿por qué detenerme? Las palabras se vieron confirmadas por los hechos. Y así los Ávaros, cargados de tesoros, con Haganón, la niña Hildegunda y Valtario como rehenes, volvieron a su patria con los corazones alegres.





II

DE REGRESO EN PANONIA y en su corte, Atila colmó de atenciones a los jóvenes desterrados y ordenó que los educaran como si fuesen hijos suyos. Confía a la doncella a los cuidados de la reina y manda que los dos muchachos se encuentren siempre ante su vista, ejercitándolos en todo género de artes, especialmente en los juegos que más útiles son en tiempo de guerra. Crecieron ellos a la vez en sabiduría y edad venciendo en robustez a los fuertes y en inteligencia a los sabios, hasta el punto de que llegaron a superar en valor a todos los Hunos. Atila los nombró capitanes de su ejército, y se lo merecían, pues en tiempo de guerra obtenían gran gloria con sus insignes triunfos; y por esta razón los amaba tanto el rey a ambos. También la doncella cautiva logró, con la ayuda del supremo

Dios, captarse la benevolencia y granjearse el cariño de la reina, tanto por su destreza en las labores propias de su sexo como por lo exquisito de sus modales; se le confía la custodia de todos los tesoros, y poco falta, en fin, para que reine también ella, pues hacía y deshacía a su antojo.

Entretanto fallece Gibicón; Guntario sucede a su padre en el gobierno de los Francos y revoca en seguida la alianza con los Hunos, negándose a pagar el tributo pactado. En cuanto el desterrado Haganón lo supo, se dio a la fuga durante la noche y voló a la corte de su señor. Valtario, sin embargo, continuó al frente de los Hunos en las batallas, y adondequiera que fuese el éxito lo acompañaba.

Considerando la fuga de Haganón, Óspirin, la esposa del rey, aconsejó así a su señor:

—De vuestro regio talento espero que adopte las medidas necesarias para que vuestro imperio no se vea privado de la columna en la que descansa, esto es, para que no os abandone vuestro amigo Valtario, en quien reside la principal fuerza de este reino; pues temo que huya, siguiendo el ejemplo de Haganón. Por ello os ruego que toméis en consideración lo que voy a recomenda-

ros; cuando se presente ante vos, decidle estas palabras: «Muchas fatigas has tenido que soportar a nuestro servicio, pero quiero que sepas qué gozas de nuestro favor por encima de todos nuestros amigos. Y voy a demostrártelo con actos mejor que con palabras: elige esposa entre las hijas de los notables de Panonia y no te detengas a considerar tu actual miseria. Te haré muy rico en casas y posesiones, de manera que quien te dé a su hija por esposa no se avergüence de habértela entregado.» Si así lo hacéis, tened por seguro que no os abandonará.

Plugo al rey tal consejo y se dispuso a ponerlo en práctica en seguida.

Llega Valtario, y el rey le repite lo que Óspirin le dijo, invitándolo a tomar esposa; pero el joven, que tiene ya pensado lo que va a hacer después, responde de este modo a las sugerencias de Atila:

—Muy indulgente demostráis ser concediendo valor a mis modestos servicios, pues nunca merecieron la estima que les otorgáis. Pero os ruego que comprendáis la respuesta de un siervo fiel: si tomase mujer siguiendo vuestras recomendaciones, descuidaría con frecuencia el servicio del rey, retenido como estaría por los cuidados y el





amor de mi esposa; me vería obligado a construir casas y a cultivar la tierra, lo que me alejaría de los ojos de mi señor, y no podría dedicar los esfuerzos habituales en pro del reino de los Hunos. Además, el que ha probado los placeres domésticos no se acostumbra luego a soportar duros trabajos. Nada hay tan grato para mí como permanecer siempre fiel en obsequio de mi señor. Por ello os ruego me permitáis que mi vida transcurra por ahora libre del vínculo matrimonial. Si a medianoche o de madrugada me mandáis algo, sea lo que sea, me hallaréis siempre listo para cumplir vuestras órdenes, y durante la guerra no podrán inducirme a retroceder ni a escapar los cuidados propios de quien tiene hijos o esposa. Por vuestra vida os ruego, óptimo padre, y por el hasta hoy invicto pueblo de Panonia, que no me obliguéis a empuñar la antorcha nupcial.

Persuadido por esas súplicas, el rey renuncia a su designio, confiando en que Valtario no se dará nunca a la fuga.

Entretanto llegó a los oídos del monarca la noticia segura de que un pueblo, poco ha sometido, se había rebelado y estaba listo para presentar batalla a los Hunos.

El mando de la expedición le fue encomendado a Valtario. Pasa este revista al ejército alineado y, luego, fortalece el corazón de sus guerreros exhortándolos a tener siempre presentes en la memoria las victorias pretéritas y pronosticándoles que derrotarán a esos rebeldes con su acostumbrado valor e impondrán el terror en tierra extranjera.

Acaba de ponerse en marcha y lo sigue todo el ejército. Después de haber estudiado a conciencia el teatro de la batalla, dispuso ordenadamente sus tropas sobre una dilatada planicie. Ya se encuentran unos y otros a la distancia de un tiro de venablo, preparados para el combate. Surge entonces de todas partes un inmenso clamor que el viento difunde, y se mezcla con él la voz horrisona de las trompetas, y las lanzas vuelan de aquí y de allá oscureciendo el cielo. El dardo de fresno y el de madera de cerezo se confunden en uno y brillan sus puntas en el aire como si fuesen rayos. Con la misma densidad con que la nieve cae cuando sopla el cierzo, así descienden las crueles flechas sobre uno y otro bando. Después, al agotarse las armas arrojadas, empuñan todas las espadas, desenvainando las fulmíneas hojas

y embrazando los escudos. Chocan, en fin, las filas y se renueva la batalla. Quiébranse pechos contra pechos de caballos en el encuentro y muchos combatientes sucumben en el duro topar de los escudos. Valtario, por su parte, derrocha furia en medio de sus líneas, segando la vida de quien le sale al paso y abriéndose camino con la espada. Los enemigos, al verlo sembrar tanta matanza, estaban aterrorizados, como si en él se hubiese materializado la propia muerte, y adondequiera que se dirigía, ya a la derecha, ya a la izquierda, huían todos de él a rienda suelta, con los escudos a la espalda. Entonces, imitando a su caudillo, el imponente ejército de Panonia ataca con fiereza e incrementa la mortandad a fuerza de coraje, abatiendo a cuantos oponen resistencia y aniquilando a los fugitivos, hasta obtener un triunfo completo en la batalla. Acto seguido, se arrojan sobre los cadáveres y los despojan por entero. Finalmente Valtario hace sonar el cóncavo cuerno para reunir a sus hombres y es el primero en coronarse la frente con la festiva fronda, ciñéndose las sienes en presencia de todos con el victorioso laurel; tras él lo hacen los portaestandartes y, después de ellos, el resto de los com-

batientes. Todos regresan adornados con la corona triunfal y, al llegar a la patria, cada uno vuelve a su casa mientras Valtario, presuroso, se dirige al palacio real.